

ct

Trance

de
Silvia Peláez

(fragmento)

*Tesa prepara una cena especial.
Organiza los ingredientes para una ensalada especial.
Frente a ella una cámara.
Sobre la mesa, su celular.*

Organiza la ensalada.

TESA

Todo parecía bien hasta anoche.

Siete años.

Peligrosos, ¿no?

O eso dicen.

Comezón del séptimo año.

No, no. No ha sido tan difícil.

¿De qué son?

¿De lana?

Se sirve un trago.

Lana suave, blanca, como para acariciar el cuerpo.

Como para poder continuar más tiempo.

Para que se te pierda ahí el dolor.

Que flotes en una nube.

Siete años, vaya.

Lo que yo quisiera...

Se oyen golpes arriba.

Tesa escucha un momento, luego se encoge de hombros.

No puedes, Teresa. ¿Qué pasa?

Inténtalo. Concéntrate.

Enciende la cámara.

Mi amor. Este video es por nuestro séptimo aniversario.

¿Suená cursi?

Preferí esto, a decírtelo de frente.

Lamento... no, no, agradezco...

No. Disculpa, no sé cómo seguir.

Debí escribir un guioncito antes.

Recomienzo.

Mi amado esposo. (*Ríe*)

No. Eso sí sonó cursi.

Siete años...

No lo puedo creer.

Suena el teléfono. Pausa.

Ah, mamá. Sí, bien. En el vuelo de la madrugada. Sí. (*Pausa.*) ¿Por qué dices que no estoy bien?
Exageras. De veras. No. No vengas.
Cómo serás. No. No es personal.
Mejor. Sí. Nos vemos el domingo.
Estoy... perfectamente. Adiós.

Acomoda la cámara. Vuelve a la ensalada y graba.

Cariño mío. (*Ríe.*) No... Nunca te digo así.
Creerás que te confundí con otro.
Con otra...
A ver, Tesa, concéntrate.
Mariano. Quiero que sepas que he sido muy feliz
durante estos siete años.

Suenan los golpes. Tienen una especie de eco. Ella reacciona.

En serio.
Sé que estás poniendo los ojos en blanco,
pero hablo en serio.
Claro, ha habido de todo...
Bueno, de todo, no...
De todo no...
No ha habido... hijos.

Pausa.

No ha habido hijos.
Tú o yo, ¿qué importa?
No, no, Tesa. El chiste es decir cosas bonitas,
amorosas, y no recordar todo eso.
Ya, ya. Cambio de tema. Sí. Lo prometimos. Lo sé.
Siempre es complicado el aniversario.
Sale a relucir todo,
y del por qué sí y el por qué no.

Suena el teléfono. Prepara la cena.

Ay, mamá, estoy apurada. ¿Qué quieres ahora? ¿Cómo? Perdón, ¿eres tú, Vicky?
Ay, amiga, creí que era mi mamá.
No, mejor nos vemos mañana.
Sí, sí, los dos solos.
Filete miñón, ensalada de la casa,

vino y pastel.

Bebe vino.

Hay tiempo.

¿Cómo dices? ¿Qué? No te oigo.

Ah, no, estoy bien. ¿Por qué?

¿Voz rara, como dentro de un vaso?

Cómo crees. No, ni una gota. (*Bebe.*)

No me gusta empezar sola la fiesta.

¿Sigues ahí? ¿Vicky?

Hola, hola.

Cuelga.

Me choca que se queden las pláticas a medias.

Empiezas a disfrutar, y se interfiere la señal, se corta la comunicación, y te quedas con las palabras danzando en la cabeza.

Bueno, tú no tienes que quedarte así, Teresa.

Déjalas salir.

Eso es lo que no sabe nadie. Ni Mariano.

Hablas sola, sí. ¿Y quién no?

Por el gusto de oír tus ideas en el aire.

Acomoda la cámara.

*Se arregla, y hace un ritual para
cambiar su ánimo, su expresión facial.*

Graba.

Mariano dos puntos.

Siete años, bodas de lana, vaya.

Y así sigue la vida. Sin novedad.

Cada vez se suaviza más el reclamo, la insistencia, la frustración, el anhelo de un hijo.

Lo siento. No sé qué me pasa.

Será la lluvia... Como dicen.

Oigo en mi cabeza: hijo, hijo...

Oigo... oigo... otras cosas...

Y no quiero oír ya esas voces.

Te lo digo así, Mariano.

No te sientas atado a mí.

No, Teresa, esto no es como para festejar un aniversario.

No pude decírtelo entonces. Y no sé si me arrepiento.

No me hiciste preguntas. Y tu ternura...

No pude decírtelo.

Y es la hora.

Después de siete años, aún no lo hago.

Vivo dos vidas:

La esposa que prepara la cena y sonríe, y la que guarda una vida en secreto.
Tu esposa alegre y divertida calla, porque la otra quiere aprovecharse y hablar, decirlo todo de una vez.

*Suenan los ruidos.
Ella se queda como paralizada.
Suena el teléfono.*

¿Hola? Ah, tú otra vez.
No, no te preocupes... Ya te dije.
Sí, aquí peleando con la ensalada.
De veras, estoy bien.
Siete, siete años.
¿Cómo dices?
¿De aquello? No sé de qué hablas.
Ay, me chocas cuando te pones de misteriosa.
¿Qué no me haga la que qué?
Ay, mira, ando apurada, mejor háblame luego.
No, estoy bien. Un poco nerviosa.
¿Con Mariano? No, sin problema.

*Cuelga.
Suenan los golpes. Falla la luz. Ella se paraliza.
Se hace una pequeñísima cortada, pero ella, en su mente,
la exagera.*

Sangre...
No quiero ir allá.
No lo hagas, Tesa. Regresa.
La sangre...
No vayas a ese infierno.
La sangre...

Está en un espacio neutro en medio de la cocina.

El infierno puede caber en seis frases.
Déjame ir. No te delataré. Lo prometo.
Sobrevivencia.
No, no me pegues más, por favor.
Yo... mira, te doy lo que quieras,
pero no me pegues más.
Yo sólo.. Ya sé que tú no...
Te creí.
Que me ibas a dar el trabajo...
No, no, no más. Ya no... Haré lo que pidas.
Sobrevivencia.

Cambia la luz.

El infierno cabe en seis frases.

Uno: Tengo 20 años.

Dos: Estudié gastronomía.

Tres: Vine a México por trabajo, pero me engañaste.

Cuatro: Me obliga a mantener relaciones sexuales con políticos, empresarios y extranjeros.

Cinco: Ellos pagan cientos de dólares por mí.

Seis: Infierno.

*A lo lejos se escucha una música de corrido mexicano.
Tesa reacciona lentamente.*

No, la música, no.

El infierno está en seis frases.

Me sacan, como a un ahogado, sin fuerzas,
y quizá sin vida.

Llegaron con sus armas y chalecos,

Y me jalaron fuera de ese, de ese cuartucho.

Intento volver a ser yo: Teresa.

No Tesa, como ellos me pusieron.

Te-re-sa.

Cuando vi las luces, pensé que había muerto y estaba en el limbo.

Al salir me duelen los ojos.

No le prometo reconocerlos, pero póngalos, oficial.

Le dije. Y me mostró un montón de caras feas, anchas, de ojos muertos.

Hay que alzar la voz. Me dijo.

Organizo recuerdos, vejaciones, golpes, olores, rostros difusos.

No, no reconozco a nadie.

Le dije.

Sube la música.

Recuerdas lo que amas. La música, música, no.

Cesa la música.

Lo demás no son recuerdos, son girones que jalaste del infierno, se adhieren como telaraña

Esfuércese un poco más. Es de gran ayuda. Me dijo.

Los veía: con esos ojos ávidos, las lenguas gruesas y ásperas.

Los rostros dobles, ensanchados.

No insista. Ya no me pregunte más, por favor. Le dije.

Todo quedó tirado en la bodega.

El dinero se lo guardaron en los bolsillos y algunos condones.

Tomaron fotos de todos los catres,

botes de basura y de cada una de nosotras.

Luego me llevaron a la oficina para víctimas de trata.

Tortura física en un catre.

El primer día... Ay, no sé si decirlo. El primer día, o noche, no sé, llegó un político de altos vuelos, muy peinado, lo reconocí, y oliendo a loción fina, pero por sus ojos asomaba toda la mierda que traía dentro.

Me echó un discurso de que si me gustaba mi vida, de que si cada quien nace para algo, de que la íbamos a pasar muy bien.

Cambia la luz. Se refresca.

Apaga la cámara.